

rio, un espacio de paso imperceptible de una categoría a otra, y una relación dialéctica insuperable. El proceso llega en su desarrollo y en su continuidad a un punto culminante (cfr. sufrir-morir), a partir del cual la ruptura y la discontinuidad se hacen definitivas.

El polo de gloria ha sido definido como «resultado divino que, se manifiesta como posibilidad vs negatividad». En la categoría resultado divino constatamos una oposición frontal entre Dios y el diablo, aunque con matices (cfr. Lc. 4,6 «me ha sido dado»). Entre Dios y Jesús — o la realidad humana parece asomarse una oposición gradual porque Jesús, en cierto momento de su vida terrestre experimenta destellos de la realidad de la gloria divina (cfr. 9,30 ss). Esta oposición gradual origina y desemboca en una oposición frontal, reflejada en el presente limitado y pobre de la vida de Jesús (9,31 «Salida»). Y el futuro ilimitado y lleno de poder (9,26; 21, 27). Se observa, por tanto, el mismo circuito. En la categoría positividad vs negatividad, expresada por los rasgos «alterioridad» vs «muerte», «luz» vs «oscuridad», «palabra» vs «silencio», se adivina una oposición frontal entre gloria y muerte, vergüenza, sufrimiento, humillación o cualquier parcela de la realidad deteriorada (cfr. 19,38a «todos los milagros»). Dentro de esta oposición frontal se aprecia una oposición gradual hasta llegar a un punto álgido y crucial como es la destrucción total o la muerte. Así, p.e. no es idéntica la oposición que se entabla entre gloria y hechos de curación como entre gloria y vergüenza, o entre gloria y sufrimiento-muerte. Vuelve a aparecer el mismo circuito de oposiciones hasta ahora comentado.

CONCLUSIÓN

Del estudio analizado un poco someramente por el evangelio de Lc a partir de nuestro texto 24,26 se desprende una doble conclusión.

Ante todo Lc 24,26 es un texto bíblico. Como texto bíblico recoge la palabra de Dios, la Voluntad divina, de este modo nos ha mostrado Lc 24,26 que el designio divino no es ajeno a la realidad humana, al contrario, se sitúa y late en el centro de nuestras preocupaciones, tensiones, dificultades, porque todas estas realidades están configuradas por el doble polo analizado.

Interesante es también el doble conducto que el texto bíblico nos enseña, o sea el designio divino y el servicio, para mantenernos firmes y fieles al hecho paradójico de la vida.

Los caminos de la verdad y la verdad como camino

Javier de la Victoria Godoy

Los orígenes de la religión, del arte, del lenguaje se hunden en la noche de los tiempos. En cambio los comienzos de la actividad del pensamiento están claramente fechados, conocemos las biografías de aquellos hombres que a mediados del siglo VI antes de Cristo en una ciudad jonia llamada Mileto, a orillas del Mediterráneo, se atrevieron a preguntar qué son las cosas, cuál es el origen de todo, por qué sucede esto y no lo otro.

Es cierto que las religiones, los mitos y hasta las costumbres y hábitos sociales son una forma de interpretar el mundo, o al menos su mundo, pero preguntarse explícitamente por el ser de las cosas, por lo que las cosas «son» y no meramente «parecen», suponía desprenderse de los saberes anteriores, quedarse en definitiva sin saber nada. Al confesar esa voluntaria ignorancia estaban afirmando por primera vez la osadía del pensamiento. Si las sabidurías tradicionales miraban al pasado, la acción de pensar incitaba a un futuro prometedor y desconocido. En esa íntima y personal decisión de comenzar la nueva vía el hombre se rescataba a sí mismo de una tradición consoladora y agobiante, para emprender una aventura, la búsqueda de una nueva sabiduría. Así nació lo que más tarde se llamó «filosofía», «un saber que se busca».

La diosa de la Verdad que lleva de la mano a Parménides le coloca ante un cruce de caminos. El camino de la luz, el camino de la noche, el camino que lleva al «ser descubierto» o el camino del «ser ocultado». Sólo el primero pertenece al reino de la verdad. Desvelar y revelar lo oculto no es tarea fácil, pocos serán los que se atrevan a transitarlo. Es más cómodo y normal conformarse con las opiniones comunes, las convenciones establecidas, adaptarse a los disfraces y apariencias. El camino de la Verdad impone condiciones rígidas de reflexión, disciplina y método pues sólo el «logos», concepto hecho palabra, nos permite ver «lo que realmente es».

El camino de la Verdad surgió de una nueva fe, la fe en la razón. Sin ella el hombre se abandonaría a la ambigüedad de las cosas, viviría bajo la opresión de decretos opacos y estaría abandonado al vaivén de los acontecimientos. El hombre necesitaba un nuevo saber para no perderse entre las cosas. La andadura había comenzado.

EL PENSAMIENTO COMPARTIDO

Con Platón (428-347 a.C.) el pensamiento se hace comunicación, objeto de controversia y análisis, verdadero diálogo que se alimenta de la vida misma y nos transporta a nuevos horizontes. El pensamiento se hace compartido donde nadie se impone en monólogos sin respuesta, ni nadie se atribuye el monopolio de la verdad. La auténtica reflexión comienza en el ámbito intersubjetivo y comunitario para convertirse en crítica y contestación de nuestras propias opiniones y creencias. Sólo pasando por esta inseguridad e incertidumbre emprenderemos el camino adecuado. La confesión sincera de la propia ignorancia ya había sido para Sócrates el primer paso de la sabiduría futura.

Las primeras desconfianzas se proyectan sobre nuestras propias palabras y convenciones que nos van mostrando sus límites, ambigüedades y encerronas. No tenemos otra herramienta de comunicación que nuestro lenguaje. Hay tanto que afinar y pulir como arrinconar y desechar. Y ¿qué hacer con tantas opiniones y posiciones sobre los problemas planteados? ¿Cómo abrirnos paso en ese bosque tan tupido y encontrar la salida salvadora? Quien no está condicionado por su biografía personal o sus intereses de manera determinante no puede olvidar que es hijo de su cultura y de su tiempo. Quien no se considera discípulo de nadie alude con toda seguridad a un sistema conceptual preestablecido que sólo a su falsa sabiduría personal sirve.

Platón nos guía desde las palabras a los contenidos en ellas expresados, y de estos contenidos u opiniones tan variados y variables a remontarnos hasta encontrar el «eidos» de cada cosa. Los rasgos que las cosas presentan en su devenir contingente y fugaz no le interesan. Lo que constituye la fisonomía real, aunque oculta a los sentidos, es luminosa y visible para la razón. Sólo a la mirada espiritual de la inteligencia resplandece la esencia de cada cosa y por eso las llamó «ideas». De lo que cambia y se desvanece no podemos saber nada con seguridad, sólo de lo inmutable y eterno podemos esperar la verdad.

DEUS-VERITAS

Para San Agustín (354-430) el mundo y cada una de las cosas que lo componen, y con más razón el hombre, son «imago Dei», es decir, su verdad no es comprensible ni explicable si no nos remontamos hasta su creador, pues la realidad de lo creado es una realidad dada, otorgada, reflejo de la verdad misma de Dios y fruto de su voluntad absolutamente libre. De tal manera es así que podemos establecer la graduación y jerarquía de los seres en tanto en cuanto manifiestan de manera más plena las perfecciones divinas. Los cuerpos, lo viviente, el sentido interior, la razón. Con estos cuatro grados aún no se ha alcanzado la cima pues por encima de la razón está la verdad eterna e inmutable que es Dios mismo, cima de toda perfección y fuente de todo bien. Si la verdad de las cosas es una verdad parcial y derivada, la verdad en plenitud es Dios mismo. Corresponde a nuestro

entendimiento remontarse hasta descubrir las verdades eternas, dejarse atrapar por ellas, prestarles su adhesión, y en un postrero esfuerzo sentir la razón iluminada por Dios mismo. La Verdad se ofrece como donación amorosa a una voluntad que busca sin descanso el Bien supremo.

ACTIVIDAD Y COOPERACIÓN

Ya había dicho Juan de Salisbury a finales del siglo XII que nosotros podemos compararnos a enanos sentados en las espaldas de gigantes, por eso vemos más lejos y el horizonte nos aparece más despejado. Nuestros saberes se van construyendo sobre la sabiduría de los antiguos por lo que la gratitud ha de seguir a este reconocimiento. Así lo hizo Santo Tomás de Aquino y prueba de ello es toda su obra (1225-1274).

Siempre que se trata de la teoría de la verdad en Santo Tomás se recurre al conocido pasaje «De veritate» en el que se hace eco de una definición atribuida a un sabio judío por Avicenna y que plasma en la siguiente fórmula: «Veritas est adaequatio rei et intellectus». No voy a entrar en las dificultades y las múltiples interpretaciones que se han hecho de ella. Prefiero fijarme en otros escritos menos atendidos y que nos dan una perspectiva menos escolástica del problema de la verdad (Coment. a la Metafísica de Aristóteles).

Es cierto que Santo Tomás supone una verdad que existe por sí misma y sin la que ni la teología ni la filosofía tendría ningún sentido. Pero una cosa es la «veritas rerum», eterna e inmutable y otra cosa es nuestro conocimiento de esa verdad. Es en este aspecto de la verdad cuando Santo Tomás reconoce la dimensión progresiva, el avanzar lento y trabajoso del espíritu humano para alcanzar su fin. Esto implica tanto el respeto a la tradición como su superación, de tal manera que a las verdades descubiertas se vayan añadiendo las nuevas, ya sea sacando provecho de las conquistas efectuadas, o indirectamente apartándonos de sus equivocaciones y errores.

Alcanzar la verdad se presenta así como una tarea de cooperación colectiva que convierte al conocimiento humano en una edificación solidaria en la que cada trabajador aporta lo mejor de sí, articulándose como un organismo vivo y no sumándose simplemente unos conocimientos a otros.

La posibilidad efectiva de progreso en el camino hacia la verdad la sitúa Santo Tomás en estrecha relación con el «exercitium circa inquisitionem veritatis», en el desarrollo de la capacidad crítica que implica la sensibilidad para captar lo verdadero y dejar de lado lo erróneo. Para esto tenemos un aliado que es el tiempo, «bonus cooperator», no porque el tiempo por sí mismo nos resuelva el problema sino porque el hombre y toda su actividad es temporal; veremos lo que antes no vieron y hallaremos lo que otros no encontraron. No se trata de un progreso cuantitativo de los conocimientos sino de un perfeccionamiento de nuestra actividad cognoscitiva. La humanidad unas veces crece en sabiduría, otras retrocede, no siempre los pasos son hacia adelante. La clave está en el «exercitium studii». Si la actividad y el esfuerzo inte-

lectual se afloja o detiene, la verdad huye y se esconde, si es intensa y continuada nos aparecerá incitante y luminosa. Nunca la inacción o la pasividad del espíritu serán condiciones aptas para alcanzar la verdad. La iniciativa y la acción continuada nos pondrán en el camino apropiado.

CONFIDENCIA AMOROSA

Aristóteles en su libro II de la Metafísica veía en la tradición la fuerza viva de desarrollo de la cultura y de la inteligencia humana, de tal manera que la verdad es hija del tiempo en cuanto que la humanidad con el transcurso del tiempo va avanzando cuantitativamente y cualitativamente su comprensión y explicación de las cosas. También Santo Tomás. Tomás reconocía el carácter lento pero continuo y progresivo del camino hacia la verdad que implicaba el reconocimiento de los avances ya logrados por nuestros predecesores. Más sorprendente nos resulta esta actitud en un hombre del siglo XVII, B. Pascal (1623-1662), en el que su filiación racionalista le empujaba a hacer tabla rasa de todo lo anterior, a esgrimir la duda como método y a refugiarse en la claridad de sus propias evidencias y pensamientos sin preocuparse de todos los demás.

Y B. Pascal nos habla de aumentar nuestros conocimientos, «ajouter» las nuevas ideas a las anteriores. «Joindre» a las conquistas y experiencias de los antiguos las de los siglos sucesivos. Como si la sucesión de hombres y generaciones alumbrara un «même homme qui subsiste toujours et qui apprend continuellement».

Entre todos los enigmas y problemas el más difícil es el mismo hombre. Un caos de contradicciones, prisionero de sí mismo y de sus circunstancias. Se trata de resolver el enigma para el que el conocimiento, las ideas de la razón, la claridad de la inteligencia solas no sirven. No es sólo una tarea de conocimiento, es un trabajo de liberación. Sólo en la fe y en el amor encontraremos la fuente de la libertad. Y la fe no se puede derivar como un cálculo matemático, no es cuestión de inteligencia sino de disposición del corazón.

En un pasaje célebre Pascal distingue tres tipos de ideales. El ideal del orden de la carne para aquellos que sólo sirven a sus sentidos e intereses mundanos, el ideal del orden del espíritu para aquellos que buscan la claridad matemática de las ideas y el ideal del orden de la caridad aquellos que confían y creen en Dios. Cada uno de estos ideales y órdenes están representados por tres personajes históricos: Alejandro Magno, Arquímedes y Jesús de Nazaret. Para Alejandro M. Arquímedes es un pobre hombre que pierde el tiempo haciendo figuras geométricas que no sirven para nada. Arquímedes no puede comprender a Jesús en su humillación y sacrificio. Tres órdenes que resumen toda experiencia humana, los placeres del mundo, el esfuerzo de la razón y las conquistas de la ciencia, y la experiencia del amor. Sólo en esta última se nos hace presente la verdad más plena.

SIMPATÍA INTELECTUAL

En el ocaso del siglo XIX y nacimiento del XX algunos hombres reaccionaron contra el abuso de la razón y de la ciencia positiva en su pretensión de ser la única mirada respetable sobre la realidad. Como los métodos empleados fueron especialmente fructíferos en algunos campos se forjó la creencia dogmática de que eran aplicables a toda la realidad. El modo de pensar científico positivo aspiraba a extenderse a la vida entera y sujetar a sus procedimientos toda la actividad humana. Uno de los hombres que protestó con más autoridad y firmeza contra estos abusos fue Henri Bergson.

Para Bergson (1859-1941) existen vastas provincias de la realidad en donde no puede penetrar la inteligencia discursiva, ni son asequibles a la medida, observación o experimentos. La corriente inmensa de vida que atraviesa el mundo material y viene a culminar en el hombre en su vida anímica y fecundidad espiritual son los objetos de atención y estudio de la filosofía bergsoniana. Queda para las ciencias el estudio de la materia, lo mensurable, lo extenso y deja para la filosofía la vida, el espíritu y su dinámica interior. Y nos propone un método: la intuición.

La intuición consiste en una «simpatía intelectual por la que nos transportamos al interior de un objeto para coincidir con lo que tiene de único y por consiguiente de inexpresable». Entraríamos en los objetos como entramos en nuestro propio yo, viviríamos su vida como vivimos la nuestra. Adoptaríamos su dinámica interior y su duración.

Que este esfuerzo no es una quimera nos lo muestra la misma capacidad y experiencia estética del hombre. El artista penetra y percibe más allá de la vestidura del objeto para adentrarse en el corazón de la belleza interior. Semejante es el proceso de la intuición. Habrá que forjar conceptos nuevos, móviles, flexibles como la realidad misma objeto de estudio, habrá que echar mano sin reparos de la imagen y la metáfora hasta crear un lenguaje nuevo, que no petrifique o anule la intuición misma.

A diferencia de los grandes sistemas de pensamiento que fueron obra de un hombre solo genial hay que emprender un esfuerzo colectivo donde se complementan, se corrigen o se enderezan unos a otros. Si para comprender y explicar los procesos materiales sirven la ciencia y sus métodos, su lenguaje abstracto y sus fórmulas precisas, la vida, el espíritu, la libertad, la creatividad del alma sólo pueden ser captados por la intuición. La ciencia construye, la filosofía descubre. La ciencia pretende dominar la naturaleza, pero hay en el hombre otra inquietud, a la que la filosofía de H. Bergson pretende responder, la inquietud de contemplar, pensarse a sí mismo desinteresadamente y vivir la vida del espíritu con intensidad creadora. Es la máxima verdad a la que podemos aspirar.

NARRACIÓN DE LA VIDA

La vida, mi vida —dice nuestro filósofo Ortega (1883-1955)— es para cada cual el intérprete universal. Para que algo sea para mí verdadero es necesario que yo lo introduzca y lo reciba en mi propia vida. Sólo en el «sentido de mi vida» podré percibir el sentido humano de las otras vidas.

Frente a la cadena de evidencias que exigía el racionalismo nos encontramos con Ortega ante la sucesión de vivencias. La trayectoria de estas vivencias es lo que constituye la historia, por eso el hombre se encuentra consigo mismo como historia. En la historia se da un proceso en el que el hombre «va siendo» y «deseiéndose». La tarea del filósofo consiste en definir el argumento del drama vital. La verdad no se alcanza ni por inducciones ni por deducciones sino lisa y llanamente en la narración, en el acto sublime de narrar la vida. La razón de las cosas humanas consiste en contar, es una razón narrativa, es la razón histórica o razón vital. Esta racionalidad nueva permite alejarnos del peligro del escepticismo o del relativismo pues sitúa el problema de la verdad en un horizonte plenamente humano. Algo es verdad, o no lo es, no respecto a una definición establecida sino respecto a su función histórica y humana. La vida no es simplemente un objeto porque consiste en su ejecución, en ser efectivamente vivida y por lo tanto inconclusa y no terminada y no tolera ser contemplada desde fuera.

DESENMASCARAR

En el siglo XX la filosofía no ofrecía ya un saber utilizable para la técnica; muchos de los campos, que habían sido de su competencia durante siglos, eran entregados o arrebatados por las ciencias particulares. No olvidemos que la física de Newton todavía se llamó filosofía. Por otro lado, la aspiración a la totalidad que había tenido la filosofía tradicional y la pretensión de construir un sistema de pensamiento absoluto y concluso nos parece una ilusión o un delirio. Tampoco hay ninguna filosofía «perennis» a la que le esté garantizada la verdad de antemano. Y sin embargo la filosofía no podía renunciar a buscar la verdad.

En dos direcciones principales ha caminado la filosofía en el siglo que nos corresponde vivir. El positivismo lógico y la ontología existencialista. Para el neopositivismo la razón debe acomodarse y no apartarse de los hechos (*positum*), el pensamiento acepta lo que va a ser. No es «filosófico» pensar nada que no esté vinculado con los hallazgos científicos reconocidos como válidos. Para la ontología de orientación heideggeriana el pensamiento es algo pasivo a la escucha del ser, sin derecho crítico, y no debe alejarse del pensar puro.

Desgraciadamente en las dos direcciones la autonomía de la razón se desvanece, el pensamiento queda desacreditado y este descrédito arrastra la concepción de la libertad y la noción de autodeterminación de la sociedad.

Si la filosofía no quiere caminar infantilmente detrás de su historia, ni quiere proclamar su autoliquidación, tiene que encontrar su camino propio que no puede ser